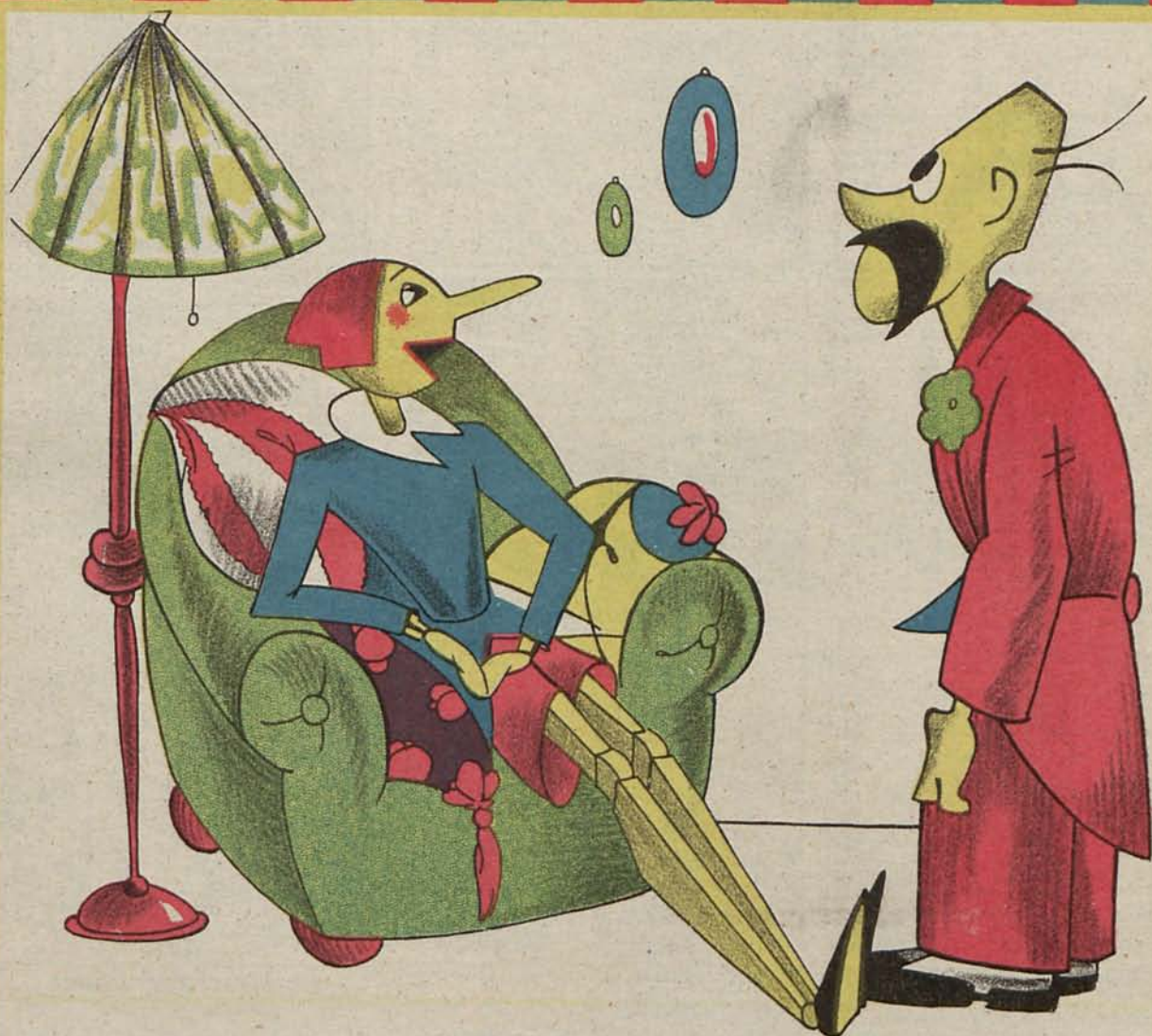


PiNOCHO

AÑO. V
NUM. 221

25 cts

12 MAYO
1929



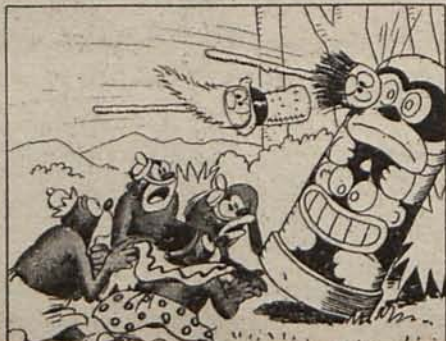
- A MÍ ME HACÍA TANTO DAÑO EL VINO QUE NO PODÍA TRABAJAR BIEN CUANDO BEBÍA;
- EN VISTA DE LO CUAL HE TENIDO QUE RENUNCIAR.....
- MUY BIEN HECHO DON TURU.
- SÍ, HE TENIDO QUE RENUNCIAR A TRABAJAR.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR
E. GIOVANOLA Y A.M. BARBIERI

(Continuación)

Yo reconstruí entonces por entero la historia del delito, desde el hecho trágico del Arsenal, hasta el proyecto de la terrible condena; referí la vida valerosamente llevada por Enrique desde la sin igual desventura y por fin me puse a contar los últimos extraordinarios acontecimientos, leyendo la media carta y aclarando o interpretando aquéllos conforme a las deducciones más razonables que de los mismos habíamos sacado; y terminé enseñando el esquema del mapa.

Cuando lo hube extendido sobre la mesa, me levanté de mi asiento, apunté al planisferio con el dedo y largué mi buena peroración modulando la voz en tono alto y solemne, digno de la más clásica oratoria:

—Amigos, la empresa en que voy a invitaros a participar, no es fácil, ni breve, ni ligera, y con ella podréis probar dos cosas: vuestra amistad a nuestro desdichadísimo D'Alimand y vuestra maña de periodistas.

Sé que no he hablado en balde.

Entre tantos compañeros, os he escogido a vosotros precisamente porque no abrigo dudas sobre vuestra habilidad profesional y sobre vuestros sentimientos hacia el amigo común.

Sé que vosotros, lo mismo que yo, sentís en este momento que el hecho de cooperar al buen éxito de esta empresa es un deber que nos impone la amistad y la justicia.

Y sé que todos, con toda el alma, dedicaréis a su cumplimiento todo vuestro esfuerzo, todas vuestras energías.

Es necesario, en efecto, unir nuestras actividades y aunar todos nuestros recursos para

una acción rápida y simultánea en todos los puntos que os he enumerado; y venceremos, tengo la convicción, porque la verdad no podrá quedar ignorada por más tiempo.

Y habremos así alcanzado dos trascendentales fines:

Habremos apuntado un nuevo triunfo y una nueva gloria en el gran libro del periodismo universal, habremos hecho la luz en otro de esos demasiados frecuentes y terribles errores judiciales y habremos finalmente—recompensa aún más grande y sensible para nuestros corazones fraternales—devuelto un padre al más querido de nuestros amigos.

Todos, emocionados, fueron silenciosamente a estrechar la mano de Enrique, el cual tenía arrasados en lágrimas los ojos, y daba gracias con movimientos de cabeza, sin poder pronunciar una palabra.

Vinieron luego a mí, y, apretándome la diestra fuertemente, significáronme que todos estaban dispuestos a ofrecer su trabajo por la felicidad del amigo.

—Veamos—recapitulé observando la carta planisférica.—Asignémonos sin levantar la mano nuestros respectivos destinos, porque importa obrar inmediatamente.

Procedamos con orden.

En el hemisferio boreal tenemos el Rio Grande del Norte.

Enrique saldrá pasado mañana, por cuenta de *La Actualidad*, directamente para el Panamá donde ha de visitar las obras para la apertura del istmo; y de paso, podrá tocar en Gálveston para efectuar pesquisas.

Yo anticiparé mi habitual viaje de placer a Italia, y de Nápoles saldré para Egipto donde acometeré las indagaciones en el Nilo.

En Asia, tenemos tres grandes ríos: el Indo, el Ganges y el Brahmaputra, y para ellos he

pensado en tí, Ralph, que dentro de pocos días debes encaminarte hacia la India...

—Sí, para las fiestas preparadas con ocasión del viaje del príncipe heredero. ¡Corrientel

—La zona que debes recorrer es algo vasta, pero tú conoces bien aquellas tierras...

—¡Por vida!... Estuve allí tres años de oficial en las tropas coloniales, y esta será la tercera vez que vaya en calidad de corresponsal.

He estado de guarnición en Bombay, y no sólo conozco el país sino que hablo regularmente la lengua y algún dialecto.

En Birmania no he estado nunca, y aprovecho de buena gana esta ocasión de ir allá; hasta os diré que pensaba hacer una escapatoria por cuenta mía.

Nuestra obra no es, pues, tan difícil.

El único obstáculo verdaderamente serio hubiera sido la distancia que separa los diversos puntos de nuestra cruzada; lo hemos suprimido dividiéndonos, como estamos haciendo, los varios campos de exploraciones, y todo se reduce finalmente a ir a realizar una información, cosa que hacemos todos los días.

—Tu modestia—arguyó Enrique—te hace llamar fácil a una empresa que tal vez pueda resultar peligrosísima y que presentará de fijo al efectuarla, dificultades nada baladíes de ejecución.

Olvidas que nos acechan adversarios que tienen sumo interés en poner a nuestras acciones obstáculos de toda clase.

—Y ¿no corremos riesgos mucho mayores cuando tenemos que asistir a las batallas para dar cuenta inmediata a nuestros periódicos?

El pobre Cavaba ¿no perdió la vida en Cuba, durante la insurrección? Y tú mismo, James ¿no fuiste herido en la campaña del Transvaal?

James asintió, tocándose un hombro.

—Además, en el momento oportuno, emplearemos todos los medios que estén a nuestro alcance, tomaremos las precauciones más minuciosas y sabremos evitar a los que se nos opongan.

—Pero acaba— exclamaron Fritz y Franco impacientes.

—Para el Yang-Tse-Kiang no he pensado aún en nadie —continué— pero después resolveremos.

Pasando al hemisferio austral encontramos el Darling, o mejor dicho el Warrego y el Condamine.

Para esta zona he pensado en el buen amigo James que ya debería estar en camino de la Australia y que no sabe decidirse a dejar París, viviendo aquí ocioso y vagabundo, de un restaurante a un concierto y de un concierto a un teatro...

—¿Qué quieres?—contestó melancólicamente James Crooswelt— ¡Quien sabe si volveré a ver algún día a esta decrepita Europa!

—¡Uf, qué ideas más fúnebres!

—Voy a Adelaida a encargarme de la dirección de *The Australian Trade*. (1)

Mis aplazamientos pueden ser justificados y perdonados.

Me comprometo, sin embargo, a marchar enseguida a ocuparme, no bien llegado, en nuestras diligencias que no admiten demora.

—Gracias, James— prorrumpimos Enrique y yo al mismo tiempo.

—Y ¿qué más?— interrogó Fritz.

—Aún faltas tú, jovenzuelo impaciente.

Debes ir al Namaqua tudesco a espensas de tu *Kronzeitung* (2) a hacer indagaciones sobre la rebelión de las tribus costeras ¿no es así?; y te será fácil hallar modo de llegarte a Griqualandia para efectuar nuestras exploraciones en la cuenca del Orange.

—No soy el único corresponsal que marcha ahora al Africa Austral, y te doy efusivas gracias por haberme dado la preferencia.

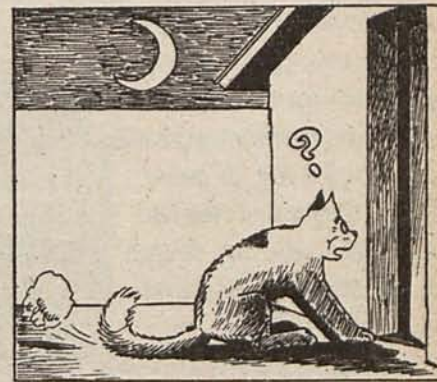
—No me hagas repetir lo que hace poco dije, ni me obligues a dedicarte alabanzas particulares después de las generales que os he tributado a todos.

(1)-El Comercio Australiano. (2)-Gaceta de la Corona.

(Continuará en el número próximo)

ANITA

BUEN-CORAZON



UN DRAMA EN PERA

(Continuación)

El *Kan* no queriendo que figurasen sus cuñados y suegro como simples cazadores, elevó a aquellos a la categoría de visires, o sea ministros, y al padre al de gobernador de una provincia cercana.

Aquello fué suficiente para enardecer aun más el odio de la vieja princesa.

Un día, con la excusa de que Sina necesitaba tomar aires en la montaña para reponerse la envió a un palacio que su hijo poseía en los montes del Tabaristan rogando a los hermanos de la joven que fuesen con ella para hacerla compañía. Cuando llegase la hora de volver debían celebrarse las bodas para las cuales ya se hacían los preparativos. Midah se creía ya próximo a la felicidad y suspiraba por el día en que había de proclamar a la linda Sina princesa del Farsistan y darle su mano.

Una semana antes de la época fijada para los esponsales el *Kan* reunió a sus dignatarios y una buena escolta y montando a caballo se dirigió hacia los montes del Tabaristan para conducir a su novia a la capital.

Habían ya llegado al pie de la montaña cuando vieron venir hacia ellos con desenfundada carrera dos jinetes. Apenas llegaron frente a Midah echaron pie a tierra gritando:

—¡No sigais adelante, príncipe!... Una desgracia... una desgracia!

—¿Qué decís?
—gritó el príncipe con voz terrible.

—¡Vuestro palacio ha sido incendiado y la hermosa Sina ha sido asesinada!

—¡Sina, asesinada!—rugió el *Kan* estallando en sollozos—¿Qué mano infame ha osado matar a la prometida del Príncipe del Farsistan? ¡La venganza va a ser terrible!...

A pesar de los ruegos de sus dignatarios lanzó su caballo en desenfundada carrera y se dirigió hacia el palacio en que habitaba Sina.

Los dos guardianes no habían mentido. El fuego había destruido casi todo el edificio y apenas quedaban en pie algunos muros ennegrecidos.

Midah, transido de dolor se precipitó por entre las ruinas aun humeantes y en un pabellón casi destruido halló tendido sobre algunos tapetes carbonizados los cadáveres de Sina, de su padre y sus hermanos.

Los asesinos la habían matado primero a puñaladas, después cortaron a Sina la cabeza y para hacer borrar las huellas de su infame crimen incendiaron el palacio con la esperanza de que se creyese aquello debido a una desgracia.

Nadie puede imaginarse el dolor y la cólera del pobre príncipe al hallarse ante el cuerpo tan atrocemente mutilado de la desventurada Sina.

Dió orden de que transportasen a la capital a los cuatro cadáveres y que les preparasen funerales tales que quedasen grabados eternamente en la memoria del pueblo. Aquella misma tarde reunió a sus mi-





nistros y al jefe de su policía resuelto a descubrir y castigar ejemplarmente al culpable. No se sospechaba aun de nadie pues todos habían demostrado siempre sincera admiración por la bella Sina y nadie se había quejado de su padre ni de sus hermanos. Se aprisionó a gran número de personas y muchas fueron sometidas a crueles torturas sin que se pudiera obtener de aquellos miseros delación ninguna que pusiera al *Kan* en la pista de los asesinos.

Un día el Jefe de Policía detuvo a cuatro hermanos de noble origen, pero que después de haber caído en gran miseria y otras desgracias, aparecieron de nuevo ricos pocos días después del asesinato de la pobre Sina. Interrogados acerca de aquellas sospechosas riquezas se negaron obstinadamente en declarar cómo las habían adquirido. Acusados de haber sido pagados para cometer el crimen, se defendieron con indignación de tal sospecha. Comenzaba ya a desesperar el Jefe de Policía de poder aclarar el misterio de aquel hecho cuando probó interrogar a una niña de nueve años hija de uno de los nobles sospechosos. La niña ingenuamente respondió de pronto:

—Sí, mi padre y mis tíos han incendiado el palacio del Príncipe.

—¿Por encargo de quién?

—De una señora que vino secretamente una noche a nuestra casa llevando alhajas y varias bolsas de dinero.

—¿Conocerías a aquella señora?—le dijo el jefe de policía.

—Sí,—respondió la muchacha.—Yo no me había dormido aun y oyendo hablar a mi padre y a mis tíos, llena de curiosidad me levanté y alcé un lienzo de la habitación que separaba mi alcoba de la en que estaba aquella dama.

—¿Te acuerdas de lo que decía ella?

—Sí, me acuerdo. Proponía a mi padre que incendiase el palacio del *Kan* que se encuentra en los montes del Tabaristan.

—¿Y qué respondió tu padre?

—Al principio rehusaba aceptar, después, al prometer la dama duplicar la bolsa de dinero aceptó de acuerdo con mis tíos.

—¿Reconocerías la voz de esa señora?

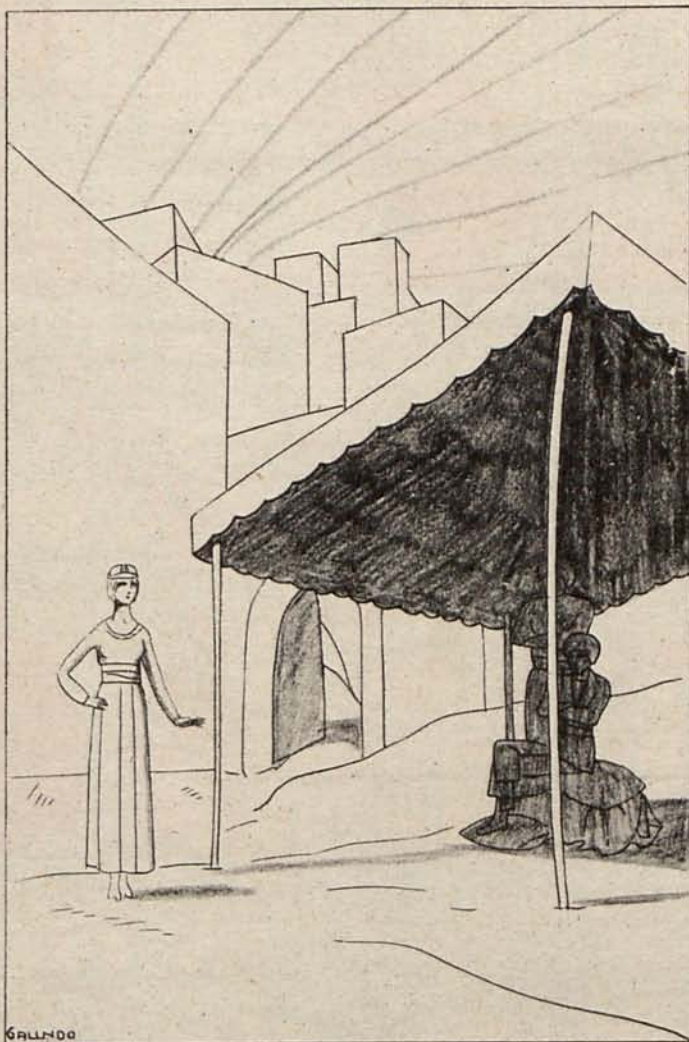
—Sí, sí—respondió la niña sin vacilar.

El Jefe de Policía ya sabía bastante. Hizo llamar al Wisir encargado de la administración de Justicia y se pusieron juntos a interrogar a los cuatro hermanos, más todo fué inútil. Negaban siempre protestando su inocencia.

Se avisó de esto al *Kan*, que aun no se había calmado en su dolor y se decidió llamar a palacio a la muchacha a fin de hacer allí pesquisas puesto que en el ánimo de

todos estaba infiltrada la sospecha de que aquella dama no podía ser otra persona que alguna princesa que odiaba a Sina por haber sido elegida esposa del Príncipe.

El día siguiente hizo llamar el *Kan* a sus ministros y a la niña que inconscientemente había acusado a su padre y a sus tíos, hizo poner una tienda y frente



GALLINHO

(Continuad en el número próximo).



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OIGA, SEÑOR CURRINCHE. LO PRIMERO QUE SE HACE AL ENTRAR EN UNA CASA, ES SALUDAR.



TENGO QUE RESOLVER UN PROBLEMA DIFÍCILÍSIMO QUE ME HA PUESTO EL SEÑOR MAESTRO Y NO ESTOY PARA SALUDITOS.

AQUÍ YO NO VEO MÁS QUE MUCHAS SILLAS.



NO SON SILLAS. SON DIEZ CUATROS EN FILA QUE TENGO QUE SUMARLOS DE AQUÍ A MAÑANA. USTED VERÁ QUE NOHECITA SE ME ESPERA.

¿ESTÁS LOCO, NIÑO? ASÍ NO SE RESUELVEN LOS PROBLEMAS.



QUE SE CREE USTED ESO. A MÍ ME HA DICHO EL MAESTRO QUE SI NO ME SALE SUMANDO DE ARRIBA A ABAJO QUE SUME DE ABAJO A ARRIBA.

CUATRO Y CUATRO SON DOS CUATROS Y CUATRO IGUAL A CUATRO Y NO LLEVO NADA MÁS CUATRO IGUAL A NADA ENTRE DOS CUATROS.



Y VAN CUATRO CON OTROS CUATRO Y LLEVO CUATRO Y QUEDAN CUATRO QUE SON CUATRO.



¡POBRECILO! ¡COMO SUDA!

NOTE PREOCUPES, CURRINCHE. TU SUDA TINTA QUE AQUÍ ESTÁ DON TURULATO PARA AYUDARTE.



YO, CUANDO ME PONGO PITA-GÓRICO, SOY MUY TERCO. O SACO EL PROBLEMA O NO LO SACO.

AQUÍ HAY NEGOCIO. NO SE LO DIGAIS A CURRINCHE, PERO AQUÍ HAY NEGOCIO.

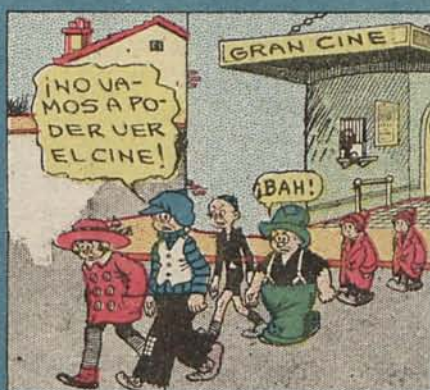


Y CON LA CARTITA QUE LE HE ESCRITO AL SEÑOR MAESTRO PARA QUE LE APRIETE EN PROBLEMAS, EL NEGOCIO VA A SER ESTUPENDO.





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Casillo

LA PRISION SUBTERRANEA



UNA vez había un rico y poderoso Rey que tenía tres hijas.

En el jardín de su magnífico palacio había hecho plantar una porción de árboles frutales de los más raros que se conocían.

Había, entre otros, un manzano que daba manzanas de un sabor exquisito y de un hermosísimo color rubí.

El Rey estimaba tanto aquel manzano, que un día que su madrina, que era un hada, le dijo que deseara una cosa para concedérsela, él pidió que aquellos que sin su permiso cogieran las manzanas, se hundieran cien varas bajo el suelo.

Había prohibido terminantemente a sus hijas que cogieran una manzana del árbol; pero, un día, la menor de ellas dijo a sus hermanas:

—Esto es muy humillante.

Yo no me contengo más y voy a coger una manzana, porque hay tantas este año, que el Rey nuestro padre no lo notará.

Sin vacilar se empujó sobre la punta de los pies y cogió una de las manzanas más hermosas, diciendo mientras se la comía:

—En mi vida he probado una fruta tan deliciosa.

Tentadas por el ejemplo, sus dos hermanas hicieron lo mismo; pero algunos segundos después se abrió la tierra y las tragó.

Pasaron muchas horas; el Rey, no viendo aparecer a sus hijas a la mesa, se alarmó y las hizo buscar por todas partes, pero no se encontró rastro de ellas.

El Rey, desolado, hizo anunciar por todas partes que aquel que le trajese a sus hijas se casaría con la que escogiera, aun cuando fuese el hijo de un pastor.

Muchas gentes se pusieron en busca de las Princesas, y, entre otros, fueron tres jóvenes cazadores a recorrer un gran bosque que había cerca de la capital, y en el cual creyeron que se habrían podido perder las Princesas.

Después de haber caminado durante ocho días, saltando por breñas y malezas, llegaron a una explanada; allí, sobre una colina, se elevaba un castillo encantado; entraron en él, viendo sus magníficos departamentos, pero sin encontrar alma viviente.

Después se fueron a descansar, conviniendo en que desde el día siguiente quedaría uno de guardia en el castillo, mientras los otros dos buscaban a las Princesas por el bosque.

El mayor fué el primero que se quedó de guardia en el castillo.

Al medio día se le apareció un enanillo, que con aire triste le pidió un pedazo de pan, y él le dió una buena rebanada.

Al tomarla, dejola caer el enano y rogó al cazador que se la cogiera, lo cual hizo el otro de muy buena gana.

En el momento de bajarse, sacó el enano un martillo y, cogiendo con fuerza colosal por los cabellos al cazador, le propinó una fuerte paliza y se marchó.

A la noche, cuando los otros cazadores entraron, el mayor

contó al mediano lo que le había ocurrido; pero nada le dijo al menor, porque creía que era tonto.

Al día siguiente, cuando el menor, que se llamaba Martín, se quedó de guardia en el castillo, vió aparecer al enano, que hizo lo mismo que el día anterior, dejando caer el pedazo de pan que Martín había partido.

Pero el cazador, en vez de bajarse a cogerlo, le dijo:

—¿Cómo, so impertinente, te atreves a pedirme que recoja tu pan, cuando no tienes nada más que alargar el brazo para cogerlo?

El enano, furioso, blandió su martillo, pero Martín se lo quitó y le dio una mano

de golpes con él.

El enano pidió perdón y le dijo:

—Déjame y te enseñaré dónde están las Princesas.

Martín se detuvo y pidió una explicación de estas palabras.

—Sí—dijo el enano—; a algunos minutos del castillo y en la cima de la colina se encuentra un pozo muy profundo, pero sin agua: las Princesas están en el fondo.

Te prevengo que, si vas a buscarlas, desconfes de tus compañeros.

Esta misma mañana he visto a las Princesas que lloraban amargamente por verse privadas de la luz del día.

Lo que más las asusta, es que están guardadas por horribles dragones con muchas cabezas; pero no son invencibles,





y el que, como tú, es valeroso y resuelto, puede llevar adelante la empresa.

El enano se fué, y cuando los dos cazadores volvieron, Martín les contó lo acurrido, acordando entre todos que él sería quien bajase al pozo por medio de una cesta que los otros dejarían caer con una cuerda.

Martín llevó un cuchillo de caza y una campanilla para dar la señal en el momento en que fuera preciso subir la cesta.

Bien pronto estuvo en el fondo del pozo, y de allí, con la claridad producida por un gran número de gusanos de luz, pasó a un corredor y llegó a una caverna donde la mayor de las Princesas estaba sentada sobre una roca.

Un dragón reposaba sus tres cabezas sobre las rodillas de la hija del Rey.

Martín se lanzó sobre él, e hiriendo de corte y punta con su cuchillo de caza, rebanó las tres cabezas al dragón.

Después pasó a las otras dos cavernas y libró a las Princesas con la misma bravura de los dragones que las custodiaban.

Luego condujo a las tres hijas del Rey al sitio donde estaba la cesta, hizo subir en ella a la mayor, y a la señal que hizo con la campanilla tiraron de la cuerda sus compañeros y la volvieron a bajar cuando la Princesa estuvo fuera del pozo.

Sus dos hermanas siguieron el mismo camino.

Sólo quedaba por subir Martín; pero acordándose del consejo del enano, en vez de subir a la cesta puso en ella algunas piedras.

Bien hizo en tomar tal precaución; porque, cuando la cesta llegó a la mitad del pozo, sus compañeros, queriendo tener para sí el mérito de la aventura, cortaron la cuerda y la cesta se desplomó con estrepito.

El pobre Martín había escapado de un género de muerte para caer en otro, pues se veía condenado a perecer de hambre.

Sin embargo, no se dejó abatir por la desesperación, y se volvió a las cavernas en busca de alguna salida.

No la encontró; pero vió colgada en un rincón una trompa de caza.

—Pues lo que es antes de morir—dijo—voy a tocar hasta que reviente; quizá me oiga allá arriba algún paseante y me saque del aprieto.

Y se puso a tocar con toda la fuerza de sus pulmones.



En el acto apareció el enano, seguido de una turba de ellos, que salían del centro de la tierra.

—Henos aquí—dijo a Martín—; por virtud de esa trompa mágica, estamos obligados a obedecerte.

¿Qué mandas?

—No quiero abusar de mi poder—respondió Martín—; sólo os pido que me saquéis de este pozo y me coloquéis en el camino de la ciudad.

Allí todo el mundo, desde el Rey hasta el último mendigo, estaban con la mayor alegría a causa de la vuelta de las Princesas.

Se preparaban las fiestas y las bodas que debían celebrar dos de las Princesas y los cazadores que las había llevado, y que las habían hecho prestar juramento de no revelar a alma viviente el verdadero procedimiento por el cual las habían libertado de la prisión subterránea.

Pero, cuando Martín se presentó ante sus ojos, la menor no pudo contener su gratitud y exclamó:

—¡Este es nuestro salvador!

Al decir esto se desvaneció, al pensar que había quebrantado su juramento.

El Rey, su padre, la preguntó, cuando volvió en sí, qué querían decir sus palabras.

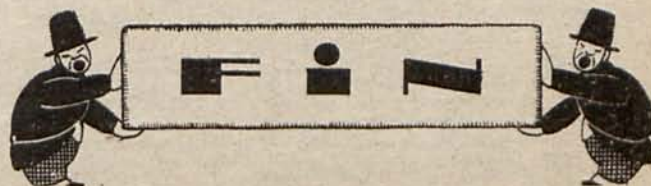
Ella manifestó que había jurado no decirlo a alma viviente.

Entonces el padre, la hizo pasar a una sala donde quedó sola, y la mandó que contase a los muebles de la habitación lo que había ocurrido; así el Rey, que estaba a la puerta escuchando, supo la verdad.

Al momento hizo prender a los dos traidores y aun quiso mandarles degollar; pero, gracias a la intervención de Martín, no fueron sino expulsados del reino.

Algunos días después, Martín se casó con la menor de las Princesas.

En cuanto al famoso manzano, el Rey lo hizo arrancar para que no fuese causa de alguna otra desgracia.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chonón.

—Muy buenos, amigo buho. Anda siéntate y toma chocolate conmigo. No sé si hoy te gustará porque está hecho con agua. La leche estaba agria y la he tenido que tirar.

—La has tirado porque has querido.

—Yo creo que cuando una cosa está echada a perder lo que se debe hacer es tirarla ¿no te parece?

—La leche agria no está echada a perder. Para ciertas cosas está en mejores condiciones cuando está agria que cuando no lo está.

—Explicame eso, querido buho. Vamos a dedicar a este tema nuestra charla de hoy. Mientras tomamos el chocolate dime por qué se agria la leche y para qué sirve en este estado.

—El fenómeno de que la leche se vuelva agria lo realizan unos insignificantes microbios que viven en la substancia dulce de la leche.

—En el azúcar.

—Sí señor. Tu sabes que la leche tiene varios componentes; caseína, albúmina, agua, azúcar. Esta última substancia se llama lactosa y contiene en gran cantidad una variedad de microbios que son como pequeñísimas plantas.

—¿Y nos bebemos nosotros estos microbios?

—Naturalmente. Y no sé de qué te extrañas cuando sabes muy bien por otras charlas que hemos tenido que todas las substancias de que nos alimentamos están llenas de microbios.

—¿Y no nos hacen daño?

—Al contrario; hay microbios beneficiosos para la vida del hombre, y no solamente beneficiosos, sino necesarios. Hay otros, en cambio, muy perjudiciales y a estos es a los que hay que temer. Los microbios amigos del hombre libran verdaderas batallas con los microbios enemigos; luchan con ellos hasta exterminarlos y gracias a estos microscópicos animalitos, tan buenos amigos nuestros, podemos librarnos en la vida de las acometidas de los microbios malos. Aunque tú no eres médico, supongo que habrás oído hablar de inyecciones ¿verdad?

—Muchísimas veces, y hasta a mí mismo me las han puesto.

—Pues muchas de estas inyecciones son verdaderos ejércitos de microbios amigos del hombre que van a declarar la guerra a los microbios malos.

—Y esos microbios del azúcar de la leche ¿son amigos o enemigos?

—Son de los más amigos nuestros. Esos microbios nos protegen y curan de muchas enfermedades. Ellos son los que convierten agria la leche. No pongas esa cara de extrañeza porque ya te he dicho antes que la leche en este estado es beneficiosa.

—Es que como no lo sabía hasta ahora, me ha producido mucha extrañeza lo que me estás diciendo. Sigue, y no hagas caso de mi cara.

—Cuando la leche está en contacto directo con el aire es muy fácil que se agrie si hace calor o si hay tormenta.

—Otra vez me tienes con cara de extrañeza. Eso de que la tormenta vuelva agria la leche, también me causa mi mijita de asombro.

—Cuando hay tormenta, querián Chononcito, está la atmósfera muy cargada de electricidad y este agente, lo mismo que el calor favorecen extraordinariamente el desarrollo de esos simpáticos microbios de que antes te he hablado.

—¿De los del azúcar?

—Sí señor, de los del azúcar o lactosa.

—¿Y qué pasa con ese desarrollo? ¿Se pone la leche más dulce?

—No señor. Ese desarrollo da lugar a la formación de un ácido que los mismos microbios elaboran rápidamente y que se llama ácido láctico. Este ácido, al producirse en gran cantidad comunica a la leche ese sabor agrio característico.

—Y que a mí no me gusta absolutamente nada.

—¿Lo has probado con azúcar?

—No se me ha ocurrido jamás semejante cosa. He de decirte que el olor de la leche agria tampoco me gusta.

—Pues es posible que endulzándola bien te gustase. Claro es que esta invitación te la hago siempre que se trate de leche pura, porque si la causa de que esté agria es la presencia de elementos extraños a la composición de la leche, entonces no solamente no es bueno beberla sino que es peligroso para la salud.

—Lo que si he comido, y por cierto con agrado, es queso agrio mezclado con azúcar.

—Pues es exactamente lo mismo. Tanto el queso como la leche agria están en un estado de fermentación producido por el exceso de lactosa. Esta substancia tiene grandes propiedades digestivas y la toman muchos enfermos, por necesidad y muchos sanos por golosina.

—Bueno, pues ya haré la prueba la primera vez que se vuelva a agriar. Pero entretanto yo quisiera saber y tú me lo dirás porque tú lo sabes todo. qué he de hacer para que se conserve bien la leche.

—Eso lo sabe todo el mundo. Hervirla.

—¿Y así no se pone ya agria?

—Sí tardas mucho tiempo en beberla, también se volverá agria y entonces ya es malo beberla. Cuando la leche hierve mueren todos los microbios que contiene porque no pueden resistir la elevada temperatura de la ebullición. Por eso una vez hervida puede conservarse la leche bastantes más horas que sin hervir, pero llega un momento en que se descomponen las substancias de su masa y entonces se convierte en un verdadero veneno.

—Por si acaso, cuando haga la prueba, te convidaré a ti también.

—Eso es; por si acaso, quieres que reventemos los dos. Eres un mal amigo Chonón.

—No te enfades, querido buho ¿es que no se te puede gastar una broma?

—Si es broma, puede pasar.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Carlos Anciola.—Ya tengo en mi poder tu magnífico dibujo en el que con insuperable acierto reproduces el castillo del Barón del Alto Roble. Está muy bien, muy bien resuelto y claro es que se publicará en cuanto le llegue su turno. Mándame más cosas y recibe un abrazo de tu gran amigo.

Rosarito Peso y León.—Tu dibujo me parece no bien, sino estupendamente bien. Yo me sentiría feliz con un auto como el que tu tan magistralmente has dibujado. ¡Lo que rabiara Chapete, con lo envidioso que es! Abrazos de Pirulá y de tu incondicional.

Julia Bartrina.—Me parece muy bien que me envíes esos interesantes artículos cuya remisión me anuncias, pero que no han llegado todavía. Ten la seguridad de que si son a propósito para publicarlos en mi revista los publicaré con muchísimo gusto. Recuerdos de Pirulá, Currinche, Tin, Ton, Morronguis, etc., etc. y abrazos de tu entusiasta amigo.

Agustín Molina.—Si yo supiera por dónde se va a esa lindísima casita de labranza que tan magistralmente has dibujado me iría a ella a escape. ¡Qué felizmente debe de deslizarse la vida en una casita así! Te felicito por tu trabajo y espero más cosas tuyas. Abrazos.

Alejandro González de Canales.—Ya verás que alegrón va a llevarse tu tío cuando vea en las columnas de mi revista el soberbio retrato que le has hecho. No le digas nada para no restar intensidad a la sorpresa. Siempre, siempre tuyo.

Leopoldo Curbera.—No sabes cuanto me disgusta tu lamentación. Me extraña muchísimo que las cosas hayan ocurrido tal y como tu me las refieres. Mi deseo, como tu bien comprenderás no es otro que dar satisfacción a todos mis amigos, sin excepción alguna. A todos os quiero por igual y a todos deseo dejaros cumplidamente satisfechos. Pero hay veces que por causas ajenas completamente a mi buena voluntad no me es posible atender a todas las peticiones que se me hacen y tal ocurre con lo que me pides en tu última carta. ¿Cómo voy a publicar unos dibujos cuyo envío me anuncias y que no han venido con la carta? Mira bien por tu mesa, por tus papeles, por toda la casa y si aparecen (que seguramente si aparecerán) me los mandas en seguida y te los publicaré con una enormidad de gusto. En todo caso mándame trabajos y verás como no tienes motivo para quejarte. Un apretadísimo abrazo de tu incondicional.

Pinocha

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



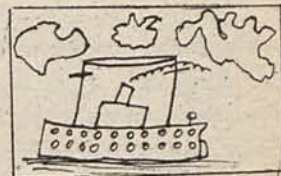
El sofá de mi alcoba
Manolo Martinon, 10 años



Un vasito de
buen vino
R. Rodríguez



Morronguils
Constantino
E. García



Un barco.—F. G. H.



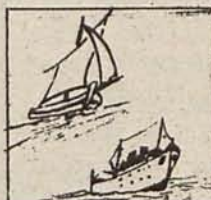
Tin y Ton.—Guillermo Bendicho



Una cara
Consuelo
Monasterio



Un Bugatti.—Rafael Raya



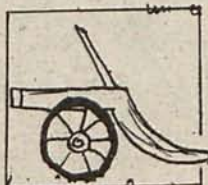
Marina



Dos cigüeñas
Pico, 10 años



Tin.—Inés Tarazaga



Un cañón
Ramón Jaraquemada, 10 años



Mi buho
Teresa G., 10 años



Silueta por
María C. Rodríguez



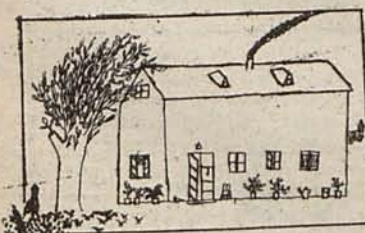
¡Qué frío!
Teresita García



Regalo a Pirulá
María Rosa Hanch



Cabeza de Pirulá
Paquito Romero



La casa de campo de mi papá
Julia Sánchez



El gato y su presa
Rosario Losada



Currinche
Margarita Minero



Guerrero
Manolo Sanchis



Tecla.—José Moya



Tiburcio
María S. C.ª Conde



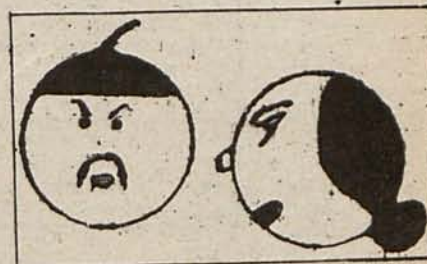
Un chulo
Francisco G



Mi muñeco
Angel Moreta



¡CATAPLAM! ¡CATAPLUM!
es uno de los 8 tomos publicados
en la preciosa Serie Barbilón de
Cuentos de Calleja en colores.
Precio: UNA peseta.



¡Vaya pareja!—Teresa García



Una niña
Mercedes Bailón



Pinocho
Manolito Martínez

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

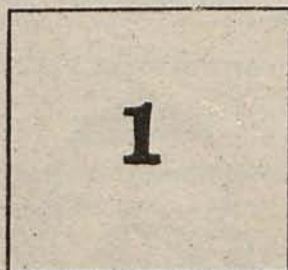
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA SOBREMESA

¡Después de una buena comida qué bien sienta una tacita de café puro, aromático, embriagador! Por esa razón os explicaréis fácilmente que rebose la alegría en los rostros de estos antiguos amigos nuestros. ¡Miradlos, miradlos como sonrñen llenos de íntima satisfacción! ¡Ved al señor Camello con los ojos y brillantes y risueños! ¡Fijaos en el señor cocodrilo, lleno de laxitud y pereza tendido sobre la verde alfombra! ¡Pero, fijaos también, en ese pobre perro, en ese triste gallo, en esos dos pobres burros que están mirando al café con honda tristeza! ¡Como que ellos no lo han catado! ¡Ah!... Pero ¿es que no los véis?... Pues ¡a buscarlos!

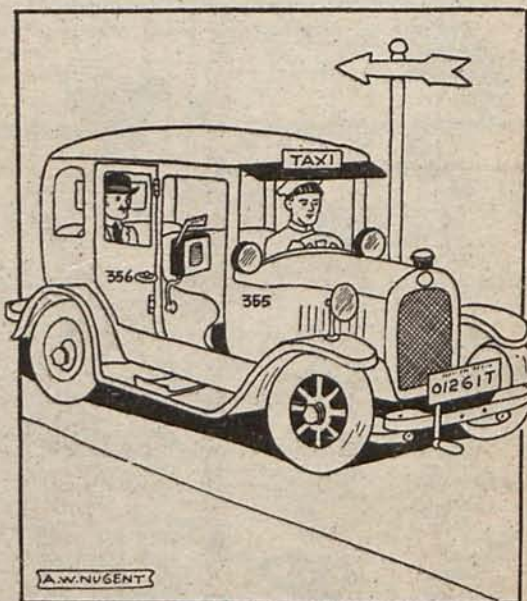


LOS TRES CUADRADOS



Combinar estos tres trozos de forma que, una vez combinados, y dándoles dos cortes se obtengan seis que combinándolos a su vez formen un cuadrado perfecto.

DIBUJO CON ERRORES



Ocho errores, como cinco casas de grandes hay en este dibujo, ¿Cuáles son?

COLABORACIÓN DE LOS PAPÁS PINOCHISTAS

EL CUCLILLO DE BLASÓN

Gabrielillo no sabía cómo se las arreglaba aquel hombre, simpático, jovial, campechano... que nadie se atrevía con sus hortalizas y frutales. Su padre y otros propietarios sufrían siempre algún destrozo en sus tierras: él nunca. Siempre se veían los campos de Blasón solitarios. Mientras la tierra necesitaba sus cuidados, su figura encorvada se los prodigaba con ternuras de madre. Después, no se le veía. Allí en lo más apartado de la campiña, donde el terreno ya empezaba a ser abrupto, estaba su posesión. Por una parte, una punta avanzada, formaba un recodo del camino que sólo cruzaban los que se internaban en la sierra: por el otro la limitaba un barranco donde los bojés crecían salvajes; y atravesando su tierra, un cantizal, en el que él iba arrojando ramas desgajadas por el viento en los barrancos y otras brozas recogidas al azar, y que de lejos parecía formar un camino cubierto de poca altura. Él decía sonriendo que aquello era su senda y los demás lo tomaban a broma pues no lo habían visto nunca cruzar haciendo cabriolas por la leña amontonada. A un extremo del cantizal estaba su choza, y en el otro una especie de chimenea truncada y circular hecha del mismo ramaje seco, especie de torre vegetal que más parecía una gran gavilla fija en el terreno y que él reparaba cuando el vendaval la hacía zozobrar. «Hay que facilitar nidial a las aves», decía para explicar su conducta. A un lado y otro del cantizal se veía la tierra esponjada y roja, plétórica de jugos fertilizantes y exornada siempre con los atrayentes verdoros y frutos polieromados del cultivo intensivo: desde la pincelada violeta de la berenjena hasta el maná rosáceo de la fresa. A pesar de ello el campo de Blasón era el más respetado por la voluntad ajena. Cuando sus colindantes se quejaban, víctimas de alguna rapiña, siempre le hacían la misma pregunta a la que él contestaba invariablemente. «Mis campos me los guarda el cuclillo».

Era verdad. En cuando la primera estrella aparecía en el firmamento, de súbito, sin que nadie pudiera afirmar de dónde surgía, se veía una avecilla, ya estática, ya revoloteando inquieta que dejaba oír isócronamente su estridente chillido. ¡Cu! ¡Cu! Si alguien se aventuraba a entrar en el terreno cultivado, aquel ¡cu! ¡cu! resonaba terco adquiriendo en el silencio de la noche el prestigio de un alerta ante la mala acción, y el intruso retrocedía. Lo que no sabían todos era que la «senda» encubría un camino socavado por el que Blasón se escurría desde su choza hasta la enorme gavilla y que era él quien al aparecer la primera estrella colocaba allí aquel pájaro que obedecía a resortes de juncos hábilmente colocados. Aquel hortelano, algo filósofo, sabía que un aviso a tiempo evitaba una mala acción. Gabrielillo había oído hablar de aquella ave y desde su alquería, me-

tida ya en la sierra, oía sus voces detonantes, como pedradas sonoras lanzadas al espacio; pero también oía varios en otras direcciones. Él, tan admirador de la huerta de Blasón por lo mismo que en su posesión no tenían regadío, la miraba siempre hinchado de deseos y de impulsos aprehensores.

Una vez, mediando el verano y la tarde de un día muy caluroso en que Gabrielillo regresaba de cumplir una misión encargada por su padre, de mucha urgencia, iba jadeante y sudoroso, con la garganta reseca y un ansia loca de reposar, bordeando la exuberante huerta y quedó absorto a la vista de una de sandía que asomaba su esférica mole entre una hojarasca impotente para cubrirla. Gabrielillo no la veía entera la veía a rajás semicirculares con sus pepitas negras engastadas en su pulpa roja, coralina, aprisionadora de jugo refrescante. Gabrielillo no supo cómo fue pero sus afanes de siempre le llevaron a cometer la mala acción de robar la sandía; se dio cuenta cuando ya se había comido una buena porción, y entonces se dio cuenta porque una estrella brilló en el cielo agorero y al mismo tiempo un

sonido que hizo vibrar todo su cuerpo fue como el primer reproche de su proceder. ¡Cu! ¡Cu! ¿Qué era aquello? El cuclillo de Blasón? Al niño le pareció que aquel acento tenía algo de humano, algo así como un acanalamiento de portavoz que le heló de miedo.

No; la presencia del amo no le hubiera anonadado tanto. Sin nuevo bocado siguió su camino perseguido por aquel grito acompasado que el pánico de su mente le iba modificando. Ya no era ¡Cu! ¡Cu! era ¡Tú! ¡Tú! una acusación rotunda y directa. Le pareció que el pájaro de voz a voz seguía hablando. Pero ¿qué decía? ¡Ah, sí! Una voz interior se lo aclaró y al nuevo grito de aquel ser acusador la voz intensa le repetía «¡Cu! ¡Cu! ¡Cu! ¡Cu! Todo el mundo sabrá que eres tú!».

Pasaba el tiempo y Gabrielillo aun daba grandes rodeos por no pasar por la huerta de Blasón. Él había oído siempre cuclillos pero ninguno como aquel le había asustado. Por fin un día tuvo que decirse a su madre y ella le explicó: No fue el cuclillo; fue tu mala acción quien despertó aquella voz en tu ser. Todos llevamos en nosotros un cuclillo que anida en nuestra alma y nos hace placentera la vida. Cuando obramos mal esa avecilla parlera y guiadora se pone iracunda contra nosotros y nos acusa continuamente robando nuestra tranquilidad y nuestra alegría. Esta voz amiga con la que hemos de procurar estar siempre bien para ser felices tiene su nombre: se llama *La Conciencia*.

ADRIÁN SABY.

Diciembre, 1928.





SECCIÓN PIRULA

UN PASEO EN COCHE (fin)

—Desde aquel momento —prosiguió la mamá de Clarita— la princesa se convirtió en esclava de la bruja. De la mañana

na a la noche, la pobrecilla no paraba de barrer los suelos, fregar cacharros, mondar patatas, sacar cubos del pozo; y en sus ratos de «descanso» aun tenía que rizar a la horrible Ventolera sus cuatro pelos de estropajo, pues sabido es que las brujas no por viejas y feas dejan de ser presumidas.

Una tarde, mientras que «su ama» estaba entretenida con las faenas del molino, Argentina, sentada ante el hogar avivaba la lumbre con un soplillo mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas que antes parecían melocotones maduros y ahora, se habían convertido en azucenas.

De pronto, notó que las llamas se agitaban, se juntaban, se elevaban y formaban un cuerpo que saltó en medio de la habitación.

Aquel cuerpo era el de una linda, y rubia damita enteramente cubierta de gasas blancas y tules de color de fuego.

—¿Por qué te desesperas, princesita? —preguntó la extraña aparición.—Si por una apuesta perdiste tu libertad, otra apuesta puede devolvértela.

La niña la miró sin comprender:

—¡Claro! —prosiguió la dama— basta con que alguien rete a la bruja a una nueva carrera, la venza y la pida como premio de su victoria, tu liberación.

—¿Vencer a la bruja Ventolera? —exclamó Argentina, juntando las manos con asombro— pero señora, si eso es imposible. Usted ignora sin duda que Ventolera es la bruja del viento, y nada hay más veloz que el viento.

Eso te crearás tú —protestó la dama sonriendo con dulce ironía— pero te equivocas. La luz es más rápida que el viento... y yo soy el hada de la luz.

—En aquel instante, entraba la vieja; la simpática damita se plantó ante ella de un salto, la miró de hito y en hito y la dijo:

—Apuesto, señora Ventolera, que yo, a pie, corro más que usted con burro y todo.

—Apostado —exclamó la vieja encantada.

Y añadió, viendo ya una nueva esclava en perspectiva:

—El que gane, le pide al otro lo que quiera.

—Hace —contestó el hada, cuyo nombre, por cierto, era Vivaluz.— A ver quien dá primero diez vueltas al molino.

—Pues andando; una dos...

—Y tres.

Ya Ventolera había saltado sobre el burro, ya el burro galopaba con la prodigiosa velocidad de los

vientos; pero aun no había dado la primera vuelta cuando Vivaluz concluía la última.

—Estoy vencida —gruñó la vieja apeándose furiosa.— Puedes pedir lo que quieras.

—Pues pido la libertad de la princesa Argentina —dijo la triunfadora.

La vieja estuvo a punto de volverse atrás y guardar a su víctima por la fuerza o transformarla, para vengarse, en algún animal fabuloso, pero entre las escasas virtudes de las brujas está la de cumplir siempre lo que prometen; y después de una breve vacilación, se resignó, limitándose a desahogar su rabia moliendo a palos a su borriquito quien afortunadamente como estaba encantado no sentía los golpes.

Argentina no era una ingrata; en medio de su alegría no se olvidó de su gentil salvadora. Se la llevó a palacio y obtuvo de su padre que la nombrase electricista mayor del reino, con lo cual tuvo una gran ocasión de lucir sus luces maravillosas.

En cuanto a la princesa, también siguió luciendo... trajes de amazona elegantísimos, y dando muchos paseos a caballo, pero ya siempre a un trote razonable sin desafiar a nadie.

—Que así es como debe uno pasear, vaya uno a caballo, en bicicleta, a pie, o en automóvil —concluyó la mamá de Clarita a tiempo que, concluida también la sabrosa merienda, volvían a subir al coche.

Si mis Pirulindas han quedado satisfechas del cuento y de su moraleja puede que sin embargo les falte algo: y es la descripción de aquella merienda de campo, que saborearon Clarita y sus papás.

Pues bien, no recuerdo exactamente de qué se componía, pero si puedo decirlos que había entre otras cosas tales como agujas de jamón y ternera, bollos, emparedados de queso, de salmón y de lechuga con mayonesa, etc...) cierto exquisito «pan de chocolate» que quizá no conocéis y cuya receta os voy a indicar.

(Pirula repostera)

PAN DE CHOCOLATE

Se coge un pan que puede ser de libreta o un pan de los que se utilizan para hacer emparedados, cuidando que sea de la víspera. Se corta en gruesas rebanadas, se les quita la corteza y se riegan con chocolate hecho a la francesa para que esté bastante líquido y pueda impregnar totalmente el pan. Por otra parte, se hacen unas natillas de chocolate bastante espesas, para lo cual conviene echarles algo de harina.

En un molde hondo y de bordes rectos, se colocan alternativamente capas de rebanadas de pan empapado de chocolate (hay que cogerlas con la espumadera para que no se rompan) y capas de natillas. La capa del fondo y la de encima deben ser de pan.

Se llena el molde con exceso; luego se tapa y se pone un peso encima (un adoquín si se tiene, o una plancha). Se deja algún tiempo al fresco. Por último se saca del molde y se baña en azúcar y chocolate.

